

# Filosofía del silencio



Alejandro Arvelo



SANTUARIO

*This page intentionally left blank*

Alejandro Arvelo

# Filosofía del silencio



Electronic version  
published by



Título: **Filosofía del silencio**

Autor: **Alejandro Arvelo**

Primera edición: Ediciones Ciemps, 1996

Segunda edición: Somos Literatura, 2003

Diseño general: **Editorial SANTUARIO**

Ave. Pedro Henríquez Ureña No. 134,

La Esperilla, Santo Domingo, Rep. Dom.

E-mail: editorialsantuario@yahoo.com

Tels.: 809 412-2447; 809 637-1918

809 237-1152; 809 477-5602

Foto de portada: **Romina Bayo**

Primera edición de Editorial SANTUARIO: **2008**

Edición a cargo del autor

ISBN: **978-9945-068-55-9**

Impresión: **Editora Búho**

Impreso en República Dominicana.

*Printed in Dominican Republic.*

Las palabras expresan lo que en nuestro mundo interior hay de convencional. Cuando se tiene algo importante que decir, lo sensato es callarse y esperar. Las ideas brillantes, las intuiciones geniales no son hijas de la prisa, ni de las situaciones cotidianas surgen de manera espontánea. El espíritu de sistema, el ejercicio del criterio, el conocimiento del pasado filosófico, la soledad, y el silencio que de ella emana, son condiciones indispensables en la búsqueda de la certeza y la claridad de pensamiento.

El silencio es un gesto de nobleza, si no se tiene qué decir. En la decisión de dosificar su derecho a la palabra reside la gracia del hombre discreto. Bien administrado, el silencio es tan digno como el imperativo de difusión de la verdad. El hombre corriente es el que con mayor fuerza siente gravitar sobre su garganta el deber de ilustrar a los demás. A fuerza de desuso, sus oídos se

han petrificado; su alma yace, obliterada, en un olvidado confín de su vida mundanal y sin sentido. En la tierra en que vivimos, ya nadie escucha. Todos hablan sin rubor de cosas que nunca han aprehendido ni entenderán jamás. Estamos heridos de muerte por las limitaciones del siglo y envenenados por las nuestras. El que menos puede dar es quien exhibe mayor ambición de orientar a sus semejantes. Mas, ¿qué aporta quien incluso de lo elemental carece?

Nuestra época es enemiga de la intimidad. Y a las amarras por nosotros inventadas para olvidar lo que es a la especie humana sustantivo, hemos dado el nombre de libertad. Desde el preciso instante en que alguien se declara partidario de nadie y amigo de sí mismo, también aparece quien da la voz de alarma. El cultivo de la subjetividad es señal de peligro. El que se resiste al adocenamiento y a la nivelación predominantes, es condenado al aislamiento o a la indiferencia.

El ambiente espiritual nos empuja a volcar nos hacia fuera. Vivimos un otoño entero e imperturbable. Los días grises de invierno impulsan al entendimiento a descubrir la propia entidad; la frescura estival reclama de tal manera nuestra atención que anuda al mundo externo el albedrío inherente al alma humana. Mas no es ésta la función primera de la inteligencia, sino la de consti-

tuirse en objeto de sí misma: labor imposible al margen del esfuerzo sostenido, máxime entre nosotros que no hemos sido educados para ejercitarnos en semejantes menesteres. Dios, el yo y el mundo de la materia *son* en la medida en que alguien tiene conciencia de ellos. El hombre es en sentido estricto un ser pensante. Ese específico animal que puede pensarse a sí mismo y reflexionar acerca del universo.

Todo saber tiene pretensiones de verdad; de erigirse, paso a paso, principio a principio, de manera que aun sus más modestos componentes puedan sin desmedro resistir los embates de la crítica. Por eso, al edificar la propia conciencia, lo aconsejable es que se proceda con el mayor tino posible; que vayamos de lo simple a lo complejo, de lo cercano a lo distante, de lo presente a lo latente. El punto de partida de todo sistema de verdades es, hablando con propiedad, el reparo en el hecho cardinal de que la conciencia es esa extraña confluencia entre el cambio y su término, entre la esencia y la apariencia que en ella acontecen. La autonomía del pensar es la primera verdad con que tropieza el hombre de conocimiento.

Locuacidad e inteligencia no son inseparables. Mientras menos se habla, más tiempo se tiene para pensar. Pero ocurre que, en el curso

de los últimos años, entre nosotros, el derecho a la palabra se ha convertido en el legítimo sucedáneo del deber de reflexión. Se hace difícil entender que alguien pueda ser sabio y taciturno al propio tiempo. Nadie reclama sus derechos al retiro y a la meditación. La necesidad de hablar ha devenido el asunto primordial. Encapuchados dómínes se han adueñado del mundo. Su mayor orgullo es no equivocarse nunca, y gritar a los cuatro vientos la presunta ejemplaridad de su actuación. Nadie exige que se le permita pensar. Nadie sugiere que se le enseñe a hacerlo. Por otra parte, no se estimula, no se protege ni se respeta a los pocos que al grande pensamiento se han consagrado; se los desprecia o vitupera, como a soldado intruso o a labor infame. Nuestros móviles principales son, pues, el lucro, el confort o la subsistencia.

La prudencia y el buen sentido invitan al recogimiento, a restringir la obligación de hablar que nos impone nuestro mundo: a estimular, a fuerza de consciente ejercicio, la libertad de conciencia; a volvernos hacia nosotros mismos, so pena de perder el conocimiento mejor de ese mar inmenso de cosas que es el mundo. Pensar, en principio, es, en cierto modo, renunciar al contacto con la realidad exterior. El hombre utiliza los sentidos para captar en lo existente caracteres que, preci-



samente, son imperceptibles. Pedimos a las sensaciones lo que sólo la razón puede aportarnos.

La libertad, como entrevió Hegel, es el mejor parámetro para entender una época. La idea que se tiene de ella determina, en buena medida, el grado de madurez política y el horizonte vital del espacio-tiempo histórico ambiente. En nuestro presente social, la ausencia de una noción radical de los alcances y los límites, del radio de acción y de la potestad que a cada quien corresponde, nos ha hecho a la mar como barcos sin ruta ni objetivos puntuales; y he aquí que de puro engalanar con eufemismos nuestras taras principales, vamos por la vida semejando laberintos, o caminos de miríadas de entradas y salidas, unidas entre sí por el hilo de la extrema confusión.

En la República Dominicana, con el derecho a la libre expresión heredamos también el derecho a la frivolidad y al diletantismo. Ser libre es, para mis contemporáneos, hablar sin rubor acerca de cuanto ignoran; y, ante todo, tener derecho a mezclarse con la masa acéfala que cada día desfila frente a su puerta como una corriente de agua turbia y sin destino preciso. Libertad es sinónimo de dilución. Ser libre es, pues, reír cuando la muchedumbre agrieta su rostro ajado y vacío; y llorar cuando llora la jauría. Bailar al compás de la danza del mundo.

Distinta es la actitud del que quiere hacer de su existencia algo noble e irrepetible, y asumir respecto al mundo una postura digna y personal. La diferencia de actitudes frente a sí y respecto al mundo es un abismo que separa a los ingenuos de los hombres razonables. Los individuos que van y vienen por la vida como hojas sin destino, frutos son de un mundo muerto y sin horizonte, incapaz de alzar al cosmos un grito de protesta o una queja, un gesto alegre o un ademán de pena. No alcanzan a poseer siquiera una modesta posibilidad de radical plenitud. El hombre que no es capaz de tomar por sí mismo sus decisiones es un ser enfermo al que faltan las fuerzas indispensables para su normal reviviscencia. Es un ser que ha contraído la enfermedad del siglo, la *logofobia*.

Donde veáis un ser antropomorfo hablando sin descanso lo mismo de lo simple que de las más graves cuestiones, pensad que hay allí un poseso, un enfermo que os puede contagiar. La sintomatología de la enfermedad del siglo es por lo variable, de difícil catalogación. No obstante, aunque siempre presentan la misma intensidad y permanencia, y a veces aparecen todos juntos y a veces no, variando concomitantemente su orden de manifestación, sus pródromos son casi siempre los mismos: exceso de seguridad en lo que se

cree o se grita como verdad a los cuatro vientos; tendencia al monólogo (factual renuncia o resistencia al diálogo); irrespeto por la tradición; infravaloración de los puntos de vista de los demás; presunción de que el sistema de creencias en que se está es la mayor conquista racional de la humanidad, o la tabla de salvación que ésta siempre había buscado; falta de orden en las acciones, en los proyectos y en la exposición de las opiniones; optimismo; tendencia excesiva hacia el particularismo —en política, en la amistad, en los asuntos del conocimiento, en dondequiera que azotan al viento las caídas alas del afectado—; puesta en primer lugar en los intereses de fracción (clase, partido, unidad, división o comunidad supuestamente científica o filosófica) sobre los problemas nacionales, humanos, teóricos o académicos; exhibicionismo; intolerancia racionalista frente a las divinidades y a los valores cristianos, fundamentalmente respecto al dios del bien (IAWE); sacralización de la política; complejo de autosuficiencia; culto a la novedad; veneración sobradamente ingenua a la palabra ciencia, pues se ignoran sus principios elementales y se profesa una animadversión poco corriente, *in fact*, a la lógica. El fanatismo científicista es, de todos, el más sutil y mejor elaborado, así como el ideal socialista es el que mejor encubre la pasión de dominio

político de las clases medias y de la aristocracia intelectual.

En nuestro país, la indisposición manifiesta de las instituciones llamadas a ocupar una postura altiva en la lucha contra el peligroso enemigo se ha convertido en un factor estimulante del crecimiento del mal y, a la vez, ha impedido incoar una ofensiva eficaz. Muchos no se dan cuenta, pero nuestra nación se halla en peligro de volatización. Un país en el que cada día hay menos respeto por la personalidad, por el mérito en decenas de años alcanzado, es un país, si merece ese nombre, cuya proxistencia está siendo mortalmente cercenada. Es la nuestra una comunidad donde frecuentemente el que más habla, que casi nunca es el más sereno, valioso o sincero, carga sobre su pecho las medallas augustas del reconocimiento a los dotes que en desleales lides ha usurpado a uno o más hombres selectos.

Nuestros políticos, en su gran mayoría, han sido afectados de absolutización de sus intereses de fracción. A excepción de dos de ellos, ningún otro se ha ocupado con seriedad, durante el último siglo, de hacer un gobierno apoyado en los mejores cuadros de la República. El interés en la reproducción del propio grupúsculo y de las correspondientes estructuras partidarias ha primado, sobre las necesidades del país. Nada tan propio

de entender la política como la exclusión; la sacralización de los defectos de la trinchera desde la cual se lucha, de los valores y prejuicios de la tribu que la hace posible. Los países que, como el nuestro, han llegado tarde a las ventanas de la historia común (occidental), padecen con frecuencia de la falta de un firme sustrato cultural (tradicción) cuyo primer efecto es la debilidad institucional constitutiva que frena la necesaria comunicación, manifiesta o subterránea, entre todos sus órganos o componentes, e imposibilita la continuidad de los proyectos.

Países en tan lamentable situación, no han de permitirse, sin desmedro de sus potencialidades, sacar de la arena de la acción a sus hombres mejores bajo ningún pretexto. La historia reciente muestra con elocuencia el fracaso del particularismo, del complejo de autosuficiencia que hasta ahora ha dominado en gran medida a los hombres y partidos que en los últimos cuarenta años han ejercido el poder. La historia del quehacer político dominicano de esta manera entendido, es la historia del naufragio de nuestra nacionalidad.

Los dominicanos necesitamos, para seguir existiendo como nación o comunidad cultural más o menos autónoma, de partidos y de gobiernos cada vez menos politizados, cada vez

menos vocingleros y más conscientes de los peligros que sobre nuestro inmediato porvenir se ciernen; que se ocupen, así sea mínimamente, de la elevación y del refinamiento de nuestros hombres y mujeres: que se preocupen por la educación de la inteligencia y la sensibilidad de las masas que dicen representar; que garanticen la igualdad de oportunidades a todos los seres humanos nacidos bajo nuestra bandera y nuestros cielos; que estén dispuestos a seguir haciendo esfuerzo para frenar la disolución moral que nos afecta; que aseguren al pueblo una educación multidimensional y digna de la altura de los tiempos; que introduzcan un poco de orden y disciplina en nuestra vida cotidiana; que nos hagan de un proyecto vital al cual podamos atenernos en el fortuito mar que, entre ensueños y zozobras, caminamos. Menos propaganda y más eficacia. Un poco de silencio y más atención a la conciencia de nuestros problemas cardinales, es lo que pide a gritos la promoción de soñadores y extraños optimistas a que pertenezco; una miga de respeto a quienes dedicaron sus mejores años a los bienes del espíritu, y un poquito de estímulo y de apoyo a los que en estos quehaceres se inician; comprensión y tolerancia para quienes por prudencia guardan su verbo para los momentos en que el discurso se hace indispensable.

Un minuto a veces lo es todo en la vida. El mañana se inicia ahora. Lo determinante es este instante que vivimos. De la forma en que a través de él entremos en contacto con el universo, puede depender nuestro futuro mediato o inmediato. La vida, de los pueblos como de los individuos, es radical prontitud; depende, antes que de cualquier otro elemento, de la amplitud de miras de las personas llamadas a actuar sobre una circunstancia determinada. Este es un instante en que el país reclama de nuestra atención; o mejor dicho: en que cada uno de nosotros necesita con fuerza de los demás. Olvidemos, pues, en nombre del bien común y la general coexistencia, así sea provisionalmente, nuestras miserias, nuestros rencores y particulares intereses. Demos la espalda a nuestros resentimientos. Dejémosnos de envidias. Cedamos un poquito en la satisfacción de nuestras individuales apetencias, no sea que lo perdamos todo. Esta puede ser la postrera ocasión; esta puede ser la hora indispensable. La historia casi nunca ofrece más de una oportunidad. ¿Qué nos asegura que más allá de este instante volveremos a tener el privilegio de hacer algo a favor de la esperanza?

Los ensueños, más que la tristeza, nuclean a los hombres. Un ensueño es la esperanza consciente en una posibilidad. La alegría y las

penas del pasado son sólo motivos, ocultos las más de las veces, para hacer dolientes cosas o llevar a cabo acciones que nos prodiguen satisfacción. Ese ideal que es la República Dominicana, es el ensueño en torno al cual hemos de considerar todo lo demás los hijos de esta tierra. Nuestra existencia ha sido puesta a precio. Nos organizamos, o en unos años ya no seremos más que una de las tantas comunidades venidas a menos por algunos de los centros de absorción mundial. Es un error de perspectiva creer que cualquiera de nosotros o cualquiera de las instituciones subsistentes, puede sobrevivir al hundimiento del país. La vida de todo hombre esta intrínsecamente ligada a la tierra en que ha nacido.

Si crece el terruño, se engrandecen con él nuestras vidas, nuestras potencialidades, y se inflan nuestros pechos al fragor de la plenitud en torno. Si muere la tierra en que florecieron nuestros primeros ideales y derramóse la primera lágrima de amor, de alegría o de dolor, una parte importante de nosotros también fenece. Sus fracasos son los nuestros. Sus caídas, nuestros quebrantos. A donde vayamos, con nosotros irá el fracaso y la impotencia; la capa mutilada del vencido. Es de cobardes ver en la huida alternativa y no derrota. Nosotros somos el país. Su destino es



nuestro destino. Benditos sean los hombres de bien y bendita la templanza del héroe, y del virtuoso, la vida responsable y el valor de dar el frente a los problemas.

La discreción, el tacto y la sensatez son, en principio, los únicos medios con que contamos para frenar el avance vertiginoso del mal que nos macera. La logofobia es la antesala del desenfado y de la irresponsabilidad. No hay médico ni mago capaz de imponérsele. No hay vacuna que pueda, contra él, ejercer su función bienhechora. Sólo la disposición manifiesta para las actividades de conciencia, como requisito para la acción, del enfermo y de los que se hallan en peligro de contagio, sirve efectivamente de fuerza de choque al efecto paralizador que sobre nosotros ejerce una cierta resistencia inconsciente a la tarea de pensar.

Para estar en paz con nuestros vicios, hemos identificado los pensamientos con las ocurrencias, los juegos de palabras o los tormentos y preocupaciones que de tiempo en tiempo nublan el azul de nuestras vidas. De puro hablar hemos perdido el respeto a las palabras. La cortesía y el pundonor otrora propios del dominicano se han ido apagando poco a poco. Ya no florece entre nosotros la lozanía, la delicadeza de una conversación amable. Cada quien está algo más que seguro que su verdad. Todos hablan sin arredrarse

en torno a las más diversas e intrincadas cuestiones; con más pasión y mayor confianza cuanto más profunda es la ignorancia que como pesado fardo se arrastra.

Se ha perdido el respeto al silencio. E incluso, al derecho de los demás a estar más cerca de sí mismos. Se nos exige que hablemos; que tomemos posición acerca de casi todo o de cuanto constituye el amplio concierto de problemáticas que al hombre afectan. Al que no acata el mandato, se lo tilda de cobarde, inconstante o indefinido; y en último caso, de reaccionario, que es como zombificarlo, hacer de él un fósil viviente. El espíritu de colmena ha triunfado sobre la vida retirada. Las charlas de café han venido a suplir el hábito de hacerle frente, a través de la meditación, el ejercicio del criterio o el experimento, según el caso, a los misterios e incógnitas que a la conciencia activa sugiere la realidad. El diletante ha declarado reunir bajo su ajado sombrero de prestidigitador todo el saber, el ángel y la disciplina del filósofo y del hombre de ciencia. Y ha encontrado un rebaño de crédulos que se ha hecho eco de su falsa dignidad.

Hoy nadie reclama su derecho a la soledad. Vivimos en un mundo en el que cada quien se siente extraño en medio de sí mismo. El olvido del propio ser no puede empujar a individuo al-

guno a meditar en torno a aquello cuya atención no le merece cuidado por el hecho de no constituir para él problema o cuestión. Niños y adultos, jóvenes y viejos prefieren dejar que se fundan sus defectos con los ajenos, y esperar a que el tiempo y los ideólogos los sacralicen con sus deslucidas prédicas de profetas de la desorientación. Hasta el descubrimiento científico y la intuición filosófica han sido entendidos de modo colectivista. Cada quien se esfuerza, con mayor insistencia cada vez, por vivir al margen de la responsabilidad consigo, que es el deber cardinal de todo hombre. La personalidad se ha disuelto en la muchedumbre, y a eso llamamos progreso y consideramos una gran conquista humana. La indisciplina y la torpeza de espíritu aparecen como logros augustos del democratismo dominante. La estulticia domina sobre los restantes signos de los tiempos.

Pensar es una alternativa hacia la genuina libertad. Hacia aquello que no se consigue en la plaza ni en el mercado, ni con dinero, ni en la multitud o el poder de muerte. La filosofía es uno de los intentos del hombre por hacer de la libertad uno de los componentes esenciales de su equipaje vital. Acaso el más heroico de los esfuerzos en ese sentido ensayado. Un filósofo es alguien que, antes que cualquier otra peculiaridad, posee la de ser un pensador. En su mun-

do de ensueños e ilusiones, de gravedad y raciocinio, referir el derecho a la soledad y al silencio equivale a traicionar el propio oficio. Subordinar el deber de pensamiento al derecho a la libre expresión, es tara que los que aman de veras la actividad filosófica han de reservar para quienes son portadores de una conciencia instrumental de la humana condición.

Lo determinante para el filósofo no es hablar mucho, y ni siquiera hablar, sino ser radical. La síntesis y la contundencia lógica son, en consecuencia, dos de sus más preciados ideales. Es un ser extraño; guarda sus palabras para el momento en que se hacen indispensables. Sólo a ratos necesita de auditorio externo: siempre está en diálogo consigo mismo. Su labor es hacia adentro, en dirección al centro de su pecho, más que en dirección al mundo exterior. Es mayor su preocupación por alcanzar o elaborar principios e ideas indubitables que por la sacralización temporal que brota de los espacios de homogenización social que en toda agrupación humana existen. Convencido está de la finitud de su saber y de las limitaciones de su mundo y su existencia.

La tarea primordial de todo filósofo, y aun de todo hombre sensato es poner en orden su morada interior. Hacerse consciente de sí mismo;

reconocer sus alcances y sus fallas, abrir de par en par las ventanas de su alma a la convicción de que los demás también pueden y deben trillar la senda de la autoconciencia. Renunciar, en consecuencia, al despropósito de hacer de sus propios prejuicios, reglas y valores, las antiparras que dan el tono de grandeza o validez a cuanto sucede o se encuentra allende el yo; los paradigmas por excelencia para conocer y justipreciar cuanto es por él conocido.

Si calla la garganta, alza el alma al viento su voz multicolor y planetaria. No hay vía regia hacia el auténtico filosofar sino a través de la serenidad que sólo bajo el ropaje tibio de la soledad verdece. Quien carece de valor para prescindir del aplauso o del asentimiento de la multitud está, de hecho, descalificado, para dar posada a la filosofía en su conciencia. Bien hace obtemperando el llamado a la actividad; vehiculando hacia la búsqueda del reconocimiento sus energías.

El filósofo no es nunca producto de la mera espontaneidad. El quehacer filosófico es un derecho común de todos los seres humanos. Mas no es un derecho natural, sino una condición que sólo es posible alcanzar sobre la base del esfuerzo sostenido.

Ocurre en el filosofar lo que con relación a la humanidad y a la auténtica libertad acontece. Ser

humano es un ideal que cada quien puede conquistar si a ello se dispone. No existen derechos naturales inalienables a los miembros de nuestra especie, como no sea el de hacer de la propia existencia una obra de arte o un artefacto vacío y prescindible. Ser libre no es tener derecho a la palabra, sino disfrutar a cabalidad de la condición de ser hombre; de poder pensar y actuar por uno mismo, sin interferencias de conciencia de ningún tipo, al margen de criterios o principios, válidos o no, que no hayan sido antes repensados, tamizados al cristal de la propia existencia y sus particulares dotes, de sus límites y potencialidades.

Una mentalidad filosófica es siempre el fruto de una labor racional atenta, cuidadosa y sistemática, que supone largos años de jerarquización, ordenamiento y crítica de los datos que a la conciencia se han ido haciendo presentes. El diletante, ocupado sempiternamente en el uso del idioma, al que concibe como una finalidad en sí, carece de tiempo para domesticar su voz interior; el filósofo, atento siempre a los desmanes de su conciencia, dispone de poco tiempo para el empleo sin cuidado del medio por excelencia de la expresión radical. Si es indispensable la retórica al primero; es esencial la lógica a la actividad del segundo. Si aquél es inconcebible al margen de la pala-

bra, en igual medida lo es éste si del recto pensar se lo hace prescindir.

Sólo aquellos que tienen el valor y la potencia de hacer de la meditación un estandarte tienen acceso a las vides agridulces que del quehacer filosófico brotan como veneros de agua pura. La ciencia de sí o consciencia, la autoconciencia, es el primer eslabón a recorrer en el proceso de conformación de una racionalidad propia. El diletante y el activista se descubren en su ámbito situacional; el político comienza su tarea en la pretensión de organizar el entorno, su mundo circundante. Un auténtico filósofo comenzará por poner en orden su propio entendimiento, entrando en diálogo consigo mismo, interrogando la porción de universo que en él se anida, e intentando hacer de la propia subjetividad un puerto desde el cual partir, henchido el pecho, la mirada firme, hacia la conquista racional de los restantes mundos posibles. En tan grave afán, en tan noble tarea, cada quien se encuentra irremediablemente solo.

Es ley de la vida que en los momentos cruciales nunca se pueda contar más que consigo mismo. En los instantes realmente difíciles de nuestro paso por el mundo (el nacimiento, la enfermedad, la angustia, la partida de un ser querido, la derrota, la muerte) tropezamos de

frente con la amargura de encontrarnos irremisiblemente solos. Insustituibles somos, por esencia y presencia, en la alegría y en el tormento, en los ensueños y ante el fracaso. Nadie, por más que nos quiera, puede hacer del nuestro su lugar; de los nuestros, su rincón de pena o su baúl de satisfacciones. Nadie puede imaginar por mí el azul de las mañanas y el invierno de mis días; nadie participa de mi tristeza, mis padecimientos o mi dolor con la misma intensidad que yo. *Velis nolis.*

Pero la radical soledad, contrariamente a la opinión más generalizada en los días que corren, es como una vasta extensión de terreno fecundo, presto para el cultivo de la inteligencia. La aceptación popular de una tesis, doctrina u opinión dice endemoniadamente poco de su radicalidad y consistencia lógica. Nadie puede suplir al filósofo en la puesta en orden de su mundo interior. Pensar es algo difícil y delicado, pero, ante todo, estrictamente personal. Es facultad que no es posible ejercitar con la misma celeridad, propiedad y eficacia en la plaza o en medio de la multitud que en el retiro y la tranquilidad espiritual que de él emerge con espontaneidad de manantial.

La profundidad de espíritu es imposible al margen de la soledad. Aquel que no es capaz de dedicar a su construcción racional algunos ins-



tantes de silencio creativo, de detenerse y guardar para sí sus palabras hasta pulir como piezas de orfebrería sus pensamientos, es también incapaz de apreciar y percibir en su justa dimensión la sublime quietud, la insondable placidez del universo. Y, ¿qué si no el *todo*, en su riqueza y complejidad, pretenden aprehender, cada cual a su manera, el filósofo y el científico?

Cierto es que si no se tiene nada qué hablar consigo, la soledad se convierte en acicate de la nostalgia y el silencio deviene una muesca del dolor. La soledad creativa supone un substracto cultural activo, un instrumental lógico adecuado, una cierta predisposición para el descubrimiento, el valor de callar frente a lo ignorado, humildad de alma y rebeldía de entendimiento. Silencio y soledad al margen de estas condiciones equivalen a pérdida de la perspectiva del conocimiento, a regodearse en el vórtice de la tristeza o la enfermiza ensoñación. El silencio del alma es la enfermedad irremediable de quienes delegan su derecho a la inquietud.

Pitágoras sugiere que el principio de todo filosofar reside en el silencio. Heráclito exigía, a los que se iniciaban en el diálogo filosófico, guardar sus palabras por lo menos durante los cinco primeros años de su ingreso a la escuela. Platón, quizás, erró el camino al situar la esencia de la

subjetividad allende el yo (*Cfr. República, VII*). Sin embargo, su postura ética, intelectualista, remite al método introspectivo abierto por Pitágoras y Heráclito, que tan elevados frutos daría a San Agustín y Descartes.

Las personas que poseen una estructura mental de tipo religioso buscan, como Platón, fuera de sí los misterios que en su alma sienten deambular, la explicación de sus pensamientos y voluntad. Sus actividades hablan de las convicciones que abrigan sobre el fracaso o la raigal inutilidad de su vivir. La sociedad tiene sus leyes, la historia sus sentidos, suponen, independientemente de los niveles de conciencia y de los humanos quehaceres que de ellos se desprenden. Europa comprendió, hace dos o tres centurias, que la marcha de la historia depende en buena parte de la robustez y marcha del entendimiento; que la historia es una imposición de un conjunto no muy amplio de hombres y naciones autoconscientes. Acaso por ello fue el centro del mundo hasta el siglo XX.

Desconocerse es perderse. Estar aturdido, renunciar a la plenitud posible que en determinadas entidades se anida. Es, en suma, renunciar a la vida. La vida carece de sentido al margen de la ideación y de la imaginación. Un hombre sin inteligencia y sin sensibilidad es proyecto varado al inicio del camino. Sólo el cultivo sistemático de

las potencias del alma nos dan la fuerza necesaria para acometer con eficacia el camino hacia la difícil meta de ser humanos.

Con Aristóteles la filosofía ensaya el cauce empirista; la conciencia es por él entendida como un momento, especializado, de la *res stensa*. Su filosofar constituye uno de los puntos de llegada de la postura platónica en virtud de la cual el *eidos* (inteligente derivación del número pitagórico, como bien observa Aristóteles en *Metaph.* I) es concebido como una entidad autónoma respecto al sujeto de conocimiento. Siglos más tarde, Descartes insistirá en señalar la importancia funcional de la soledad, y del silencio que con profusión en ella germina y crece, si de construir un sistema de pensamiento *more geométrico* se trata, abriendo de par en par, con su actitud y su singular manera de entender la ciencia y la filosofía, las puertas de la modernidad en Occidente.

Los hombres de la presente centuria somos herederos del rumbo racional inaugurado por la filosofía cartesiana. Que si es la creencia más generalizada la de que el pensamiento de Rene Descartes es asunto del pasado, no por ello es la más confiable y consistente, como lo pone de manifiesto el retorno o ajuste de cuentas con respecto a su obra que entre algunos de los pensadores más destacados del último siglo

encontramos. El parentesco existente entre las reglas del método y las propuestas homónimas hechas por Marx en “*El método de la economía política*”; las *Meditaciones cartesianas* de Husserl; el *Descartes* de Jaspers; la notoria paternidad de los principios fundamentales del raciovitalismo ortegiano (Cfr. *¿Qué es la filosofía?*, IVss.) así como de algunos de los supuestos básicos de la filosofía sartreana (V. *El existencialismo es un humanismo*, *La náusea*), ponen en entredicho el presunto carácter ingenuo o de muñón de remoto pasado que algunos sabios de nuevo tipo atribuyen al sistema cartesiano.

En filosofía no hay frutos que valgan, si no se levantan sobre el conocimiento o la crítica asimilación de una determinada tradición de pensamiento. En ello consiste la indispensable originalidad que es preciso exigir y exigirse en este ámbito de la sabiduría humana. Ser original equivale, aquí, a volver, raudos los ojos del entendimiento, las fuentes primigenias del saber. La tradición es un elemento insoslayable en el equipaje del filósofo. La inverecundia no es, en estos menesteres, el mejor de los caminos; y el atrevimiento y el snobismo, antes que motivos de dignidad constituyen indicios de taras y despropósitos. La ignorancia no confiere derechos, salvo los que se expresan mediante el silencio. En filosofía, el des-

arraigo, más que mérito es insolencia; y antes que heroísmo, temeridad.

La constante cardinal de la filosofía es su forma o estructura lógica. Es decir, su carácter general, crítico, conceptual; el espíritu de sistema que subyace en su dinámico quehacer. Se sigue, pues, que la única originalidad posible en los cantos del mundo del espíritu a ella encomendados en Occidente, residen en que cada filosofía, para garantizar su ingreso en el conjunto correspondiente, tuvo que ser, a propósito de ciertas exigencias básicas, igual a las demás. Ser como son y han sido las demás. En cuanto a los contenidos de que ha de colmarse ese cómo, cada quien es libre de agotar los horizontes de que sea capaz su conciencia. De ahí el carácter múltiple de las filosofías que en el mundo han sido.

Cada quien tiene ante sí la responsabilidad de apropiarse del pasado racional y de la estructura lógica de la forma de conocimiento a la que piensa dedicar sus mejores años; y sobre la base de ese saber, dar a esa posibilidad el matiz de su peculiar talento y de la específica manera en que en su espíritu se han conjugado el pasado y el presente racionales de la humanidad.

Trátase, pues, de una labor inevasible; indelegable. Un hombre sólo puede delegar lo que en él hay de adjetivo. Filosofar es tarea intransferi-

ble. Cada quien tiene que realizarla por y desde sí mismo. Permitir que los demás piensen y decidan por nosotros es traicionar la propia esencia; permanecer indiferentes ante la pérdida de la propia ontidad; abrir las ventanas del alma a la más radical alienación. El comienzo de la filosofía es también el inicio del autoconocimiento.

Si no se tiene pleno dominio de la propia conciencia y sus posibilidades, lanzarse en pos del conocimiento del mundo externo constituye un imperdonable desatino. La desventura es la rosa de los vientos de quienes creen posible arribar a puerto seguro en los mares del conocimiento al margen del espíritu de sistema y de la jerarquización de los procesos subjetivos. El yo es el primer doblón del mundo que ha de aprehender quien sienta en su ánimo la necesidad de conquistar los principios que rigen el Universo, cuanto puede ser conocido; y del yo, es la conciencia el eslabón fundamental, pues sin su conocimiento es imposible acometer el dominio racional de las selvas madres colaterales a ella (sus contenidos, el inconsciente, las pasiones, la inteligencia, la voluntad, la sensibilidad), y más aún: completar, en una como ambición de insaciable búsqueda de infinito, el panorama del yo. Razón tuvo Confucio al invitarnos a postergar la queja por la nieve que habita en el techo vecino mientras su homóloga

cubra también el umbral de nuestra casa. Y Sócrates al poner en la base del triángulo gnoseológico a la conciencia de sí. Y Jesucristo cuando llama la atención de los hombres acerca de la necesidad de desbrozar la propia visión antes de enjuiciar o hacer cuestión de las posturas, acciones, voluntad y aptitudes de los demás. Que tal es el primero de los principios de cualquier intento de filosofar.

Yoísmo no es subjetivismo. El yo no es una finalidad en sí. Constituye un punto de partida. Subjetivismo es hacer de la propia morada la única posibilidad, el absoluto valor; ver en ella un doblón de mundo ajeno a cualquier proceso de profilaxis o instrucción; lanzarse a la aventura de conocer el mundo a ella exterior sin haberla puesto en orden previamente. E imponer a cuantos se pretende conocer, acaso por ignorancia de la esencia del propio entendimiento, una lógica externa, extraña a la entidad de lo que presuntamente conocemos en un momento dado. Y olvidar que las cosas no son sino en la medida en que devienen objetos de la humana preocupación; cuando *nos son* o se hacen patentes a nuestro ver, a nuestro sentir, a nuestro pensar.

*This page intentionally left blank*



Saberse solo es empezar a conocerse. No es labor placentera ni espontánea el quehacer intelectual. El sufrimiento radical es privativo del hombre superior, lo mismo que el derecho a la soledad y al silencio. Diluir las propias energías en el ácido infame de lo convencional es alejarse de sí mismo. Sólo en medio del recogimiento encuentra el hombre el sosiego necesario para estar cerca de sí. El que habla más de lo debido con frecuencia teme escuchar a los demás. Es probable que no esté tan seguro de su verdad como se empeña en creer. Quien de ese modo vela por su discurso con frecuencia lo descuida. Quién no cuida de su discurso, tampoco vela por la pureza ni el refinamiento de su espíritu. La locuacidad casi siempre evidencia ignorancia o desconfianza en sí mismo. El excesivo discutir es un indicio de que se vive en y para una creencia o sistema de verdades que se supone apodíctico.

*This page intentionally left blank*



## COLECCIÓN SANTUARIO

- 1-*La fantasma de Higüey*, Francisco Javier Angulo Guridi
- 2-*El montero*, Pedro Francisco Bonó
- 3-*Rufinito*, Federico García Godoy
- 4-*Duarte, Sánchez y Mella vistos por una educadora*, Eleanor Grimaldi Silié
- 5-*El culpable voluntario*, Osiris Madera
- 6-*Ruinas*, Rafael García Romero
- 7-*Balance de tres*, Manuel Salvador Gautier
- 8-*El hombre que descubrió la verdad*, León David
- 9-*Amor fugaz*, Dionicio López
- 10-*La sangre*, Tulio Manuel Cestero
- 11-*Nudos y alfileres*, Rannel Báez
- 12-*El precio de los sueños*, Enrique García Jorge
- 13-*Ruptura del silencio y Poemas para un olvido*, José López Larache
- 14-*Filosofía del silencio*, Alejandro Arvelo
- 15-*Nosotros los suicidas*, Marcio Veloz Maggiolo
- 16-*Contemporáneos del tiempo*, Isael Pérez
- 17-*Dafnis y Cloe*, Longo de Lesbos
- 18-*La cabeza*, Néstor García
- 19-*Enriquillo*, Manuel de Jesús Galván
- 20-*Duarte, fundador de una república*, Franklin Domínguez

## COLECCIÓN SANTUARIO INFANTIL

1-*El caballero Geremy*, Sélvido Candelaria

2-*El conejo en el espejo y otros cuentos para niños*, Rafael Peralta  
Romero

3-*Cuando los perros se amarraban con longanizas*, Justiniano  
Estévez Aristy

4-*Alicia en el país de las maravillas*, Carroll Lewis

5-*Vivencias infantiles*, Juana Escorbort

6-*El principito*, Antoine de Saint Exupéry

Esta edición de **FILOSOFÍA DEL SILENCIO**, consta de 3,000 ejemplares y se terminó de imprimir en el mes de enero de 2008 en los talleres gráficos de Editora Búho, Santo Domingo, República Dominicana.

*This page intentionally left blank*